

había obligado la agresión del rey de las Dos Sicilias.

Esta suma se pagaría en dos plazos: la mitad el 15 de Enero y la otra mitad el 25 del mismo mes.

Una línea militar se trazaría entre los dos ejércitos.

Semejante armisticio fué un motivo de asombro para todo el mundo, y mucho más para los franceses que ignoraban las causas que le habían producido. Llamósele tregua de Sparanisi, nombre de la aldea donde se ajustó y firmó el día 10 del mes de Enero.

Digamos á nuestros lectores las causas que originaron aquella extraña tregua.

CAPÍTULO III

Los tres partidos de Nápoles á principios del año 1799

Nuestro libro, según habrán podido conocer nuestros lectores, es un relato histórico en el que se encuentra mezclado como por accidente el elemento dramático; pero este elemento, lejos de dirigir los hechos y de plegarlos á su antojo, se somete á sus exigencias y no sirve, hasta cierto punto, sino para enlazarlos entre sí.

Y esos acontecimientos son tan curiosos, tan extraordinarios los personajes que en ellos juegan, que por la primera vez de nuestra vida desde que manejamos una pluma, nos vemos obligados á quejarnos de la riqueza de la historia, la cual sobrepaja las concepciones de nuestra imaginación. Así, pues, no tememos, cuando la necesidad lo exige, abandonar por algunos instantes, no el relato ficticio, — en este libro todo es verdadero, — sino el

relato pintoresco, para que Tácito sustituya á Walter Scott. Nuestro único pesar es no poseer á un mismo tiempo la pluma del historiador romano y la del novelista escocés; porque, si la poseyésemos, de seguro escribiríamos una obra maestra con los elementos que tenemos á nuestra disposición.

Nuestro objeto es dar á conocer una revolución cuyas causas son todavía casi desconocidas, porque muchos de los acontecimientos que referimos eran ignorados de los mismos napolitanos, gracias al afán con que los ocultó el despótico gobierno que los oprimía.

Hecha esta salvedad, reanudemos el hilo de nuestro relato.

Ya hemos dicho que el cabildo había nombrado sus representantes y enviado varias diputaciones al vicario general.

El resultado de aquellas idas y venidas fué establecer que el príncipe Piñatelli representaba el poder absoluto del rey, poder envejecido, pero todavía pujante, y el cabildo el poder popular, el cual tenía ya conciencia de los derechos que no debían ser reconocidos sino sesenta años más tarde.

Aquellos poderes, naturalmente antipáticos y agresivos, comprendieron que no podían marchar juntos. Sin embargo, la creación de la guardia cí-

vica era una victoria que el poder popular obtenía sobre el poder real.

Al lado de aquellos dos partidos que representaban, el uno el absolutismo monárquico y el otro la soberanía del pueblo, existía una tercera fracción, á la cual llamaremos, si se nos permite la frase, el partido de la inteligencia, ó el partido francés, cuyos principales jefes hemos presentado á nuestros lectores en uno de los capítulos de este libro.

Conociendo la ignorancia de las clases inferiores de Nápoles, la corrupción de la nobleza y la poca armonía que reinaba en la clase media, la cual no había sido nunca llamada al manejo de los negocios públicos, este tercer partido creía á los napolitanos incapaces de hacer nada por sí mismos, y deseaba la invasión francesa como el único medio de poner fin á las disensiones civiles y á las querellas intestinas.

Ante todo, Nápoles necesitaba un gobierno durable. — que según la opinión del citado partido debía ser republicano, — y para fundar una república, menester era que á ello contribuyese la mano firme y sobre todo leal de Championnet.

Por consiguiente, este último partido era el único que sabía de una manera clara y precisa lo que deseaba.

En cuanto al partido realista y al nacional, que algunos ilusos esperaban fundir en uno solo, reinaba en ellos la mayor confusión; ni el rey sabía las concesiones que habría de hacer, ni el pueblo los derechos que habría de exigir.

El programa de los republicanos era sencillo y terminante; el gobierno del pueblo por el pueblo, esto es, por sus elegidos.

Pero una de las más comunes anomalías en nuestro pobre mundo consiste en que las cosas más claras y sencillas son siempre las más difíciles de establecer.

Dueños de obrar libremente, gracias á la fuga del rey, los jefes del partido republicano se habían reunido, no en el palacio de la reina Juana, — porque el misterio era ya inútil, aunque todavía debiesen guardar ciertas precauciones, — sino en Pórtici, en casa de Schipani.

Allí decidieron que harían cuanto les fuese posible por contribuir á la entrada de los franceses en Nápoles y por fundar la república partenópea á la sombra de la república francesa.

Pero, así como el municipio había llamado en su ayuda á cierto número de diputados, de igual manera los jefes republicanos habían abierto las puertas de sus conciliábulos á cierto número de

hombres de su partido; y como todo se decidía á pluralidad de votos, los cuatro jefes quedaron á merced de la mayoría y no pudieron conducir las deliberaciones ni imprimir su voluntad á los resultados.

Consiguiente á esto, se decidió en el club republicano de Pórtici por unanimidad menos cuatro votos, — que eran los de Cirillo, Manthonnet, Schipani y Velasco, — que se entablasen negociaciones con Rocca-Romana, que acababa de distinguirse en el combate de Caiazzo, y con Maliterno, que estaba dando nuevas pruebas de la ardiente bravura que en 1796 había manifestado en la campaña del Tirol.

Y en efecto, á entrambos se les ofreció un puesto eminente en el nuevo gobierno que iba á fundarse en Nápoles, siempre que se unieran al partido republicano. El parlamentario encargado de las negociaciones expuso en sentidas palabras á los dos coroneles las desgracias que caerían sobre Nápoles si los franceses llegaban á retirarse; y sea por ambición, sea por patriotismo, los dos nobles consintieron en unirse á los republicanos.

Mack y Piñatelli, representantes del poder civil y del poder militar, eran, pues, los únicos que se oponían á la regeneración de Nápoles, puesto que

sin ellos el partido nacional se incorporaría al republicano, del cual no le separaban sino ligeras apreciaciones.

Tomamos los siguientes detalles de las *Memorias* de Bartolomé N..., autor napolitano, quien, con una sencillez propia del hombre que no tiene sino confusas nociones del bien y del mal, refiere los hechos que honran á sus compatriotas de igual manera que los que redundan en su descrédito :

« Una entrevista tuvo entonces lugar, dice el autor citado, entre el príncipe de Maliterno y uno de los jefes del partido jacobino de Nápoles, cuyo nombre no menciono por temor de comprometerle. En aquella entrevista quedó convenido que Mack sería asesinado en Capua en la noche del 10 de Diciembre, que Maliterno tomaría entonces el mando del ejército, y que enviaría frente al palacio real de Nápoles á uno de sus oficiales para que transmitiese la noticia á un conjurado que le sería fácil reconocer, primero por sus señas y además por una palabra convenida. Seguro de la muerte de Mack, aquel conjurado penetraría hasta el príncipe Piñatelli, bajo pretexto de una visita amistosa, y *le asesinaría como habían asesinado al jefe militar*. Acto continuo se apoderarían de Castel-Nuevo, con cuyo goberna-

dor contaban ; en seguida se tomarían todas las medidas necesarias al establecimiento de un nuevo gobierno, y se firmaría con los franceses, convertidos en hermanos, la paz más ventajosa que fuese posible. »

El enviado de Capua se halló á la hora convenida frente al palacio real y allí encontró á los conjurados que estaban esperándole ; pero en vez de anunciarles la muerte de Mack, les anunció el arresto de Maliterno.

Habiendo tenido noticia del complot, Mack había mandado la víspera prender á Maliterno ; pero los patriotas de Capua, que se hallaban en comunicación con los de Nápoles, insurreccionaron al pueblo en favor del príncipe, y Mack no tuvo más remedio que soltarle, si bien le envió confinado á Santa Maria.

La conspiración había, pues, hecho fiasco, y viiendo Mack, era completamente inútil desembarazarse de Piñatelli.

Advertido sin duda por Mack del complot, el vicario tuvo miedo y envió al príncipe de Migliano y al duque de Geno á proponer el armisticio á los franceses.

He aquí por qué vió el general Championnet, en

el momento en que menos debía esperarlo, abrirse las puertas de Capua para dar paso á los dos enviados del vicario general.

Los moralistas franceses, y sobre todo, los hombres que no conocen las costumbres de la Italia meridional, no deben considerar el asesinato en Nápoles y en sus provincias bajo el mismo punto de vista que le consideramos en Francia. En Nápoles, y aún en la alta Italia, el asesinato se designa con diversos nombres, según la categoría de la víctima: asesinar á un individuo no es lo mismo que asesinar á un déspota.

El homicidio y el *tiranicidio* son en Italia cosas diferentes.

El homicidio es el asesinato de individuo á individuo; el *tiranicidio* es el asesinato que el ciudadano comete, privando de la vida á los tiranos ó los agentes del poder despótico.

¿No hemos visto también algunos pueblos del Norte — entre ellos la Alemania — participar de este gravísimo error moral?

Los alemanes han divinizado, ó poco menos, á Karl Sand, asesino de Kotzebue, y á Staps, que trató de asesinar á Napoleón.

El desconocido matador de Rossi y Agesilao Milano, que pretendió matar de un bayonetazo, en

medio de una revista, al rey Fernando II, no son considerados en Roma y Nápoles como asesinos, sino como *tiranicidas*.

Esto no justifica los atentados de los italianos; pero sirve á lo menos para explicarlos.

La educación de los italianos, á pesar de las despoticas dominaciones que han oprimido á su país, no ha dejado nunca de ser clásica y, por consiguiente, republicana, y sabido es que la educación clásica glorifica el asesinato político que nuestras leyes censuran y castigan y que nuestra conciencia reprueba.

En efecto, la historia gloriosa de Italia está comprendida entre dos crímenes de este género: la tentativa de muerte de Mucio Scévola sobre el rey de los Etruscos y el asesinato de César por Bruto y Casio.

¿Qué hace el Senado romano, con cuyo consentimiento iba Mucio Scévola á intentar la muerte de Porsenna, cuando el matador, á quien perdona el enemigo de Roma, vuelve con su brazo quemado?

Votar á nombre de la República una recompensa para el asesino.

Y cuando Bruto y Casio asesinan al conquistador de las Galias, ¿qué hace Cicerón, el gran tribuno que pasaba en Roma por la honradez personificada?

Añadir un capítulo á su libro *De officiis* para probar, que cuando un miembro cualquiera daña á la sociedad de que forma parte, cada ciudadano tiene derecho de amputarle, convirtiéndose en cirujano político.

Si atribuyéramos orgullosamente á nuestro libro una importancia que de seguro no tiene, invitaríamos á los filósofos y aun á los jueces á que pesasen estas consideraciones que deberían tenerse en cuenta, como circunstancias atenuantes, cada vez que un italiano — y en particular un italiano de las provincias meridionales — se halla complicado en alguna tentativa de asesinato político.

Sólo Francia se halla bastante civilizada para colocar en el mismo rango á Louvel y á Lacenaire; y si hace una excepción en favor de Carlota Corday, débese al horror físico y moral que inspiraba el batracio Marat.

CAPÍTULO IV

En que sucede lo que debía suceder

Como hemos dicho, el armisticio quedó firmado el 10 de Enero, y Capua fué entregada á los franceses el día 11, según lo que se había convenido.

El 13, el príncipe Piñatelli mandó llamar á palacio á los representantes de la ciudad.

El objeto de aquel llamamiento era invitarlos á que buscasen medio de repartir, entre los grandes propietarios y los principales negociantes de Nápoles, la mitad de la contribución de dos millones y medio de ducados que era menester entregar dentro de dos días. Pero la comisión del Ayuntamiento, que por la primera vez había sido bien recibida, rehusó encargarse de tan impopular cometido, diciendo que nada tenía que ver con la entrega de aquel dinero, y que á los estipuladores y signatarios de la tregua cumplía el arbitrar medios de recaudarle.

El 14, los 8,000 hombres del general Naselli, reembarcados en las bocas del Volturno, entraron en el golfo de Nápoles con armas y municiones.

Aquellos 8,000 hombres podían colocarse entre Capua y Nápoles, y, apoyados por 30,000 *lazzaroni*, hacer imposible la toma de la capital.

Semejante resolución era urgentísima, vista la próxima ruptura del armisticio; pero el príncipe Piñatelli, falto de popularidad, no tuvo suficiente energía para llevarla á cabo. Y decimos que la ruptura de la tregua era inminente, porque, según lo estipulado, el armisticio quedaba roto si dentro de veinticuatro horas no se entregaban los cinco millones de francos del primer plazo.

Por otra parte, los patriotas deseaban la ruptura de la tregua que impedía á sus correligionarios los franceses marchar sobre Nápoles.

El príncipe Piñatelli no tomó, pues, ninguna determinación respecto á los 8,000 hombres que se hallaban en bahía; viendo esto los *lazzaroni*, saltaron en cuantas barcas había en la ribera, desde el puente de la Magdalena á Margellina, pusieron la proa hacia los jabeques surtos en el puerto y se apoderaron de los cañones, de los fusiles y de las municiones de los soldados, los cuales se dejaron desarmar sin oponer ninguna resistencia.

Inútil es decir que nuestros amigos Miguel, Pagliucchella y fray Pacífico, figuraban á la cabeza de esta expedición merced á la cual quedaron sus hombres perfectamente armados.

Tan pronto como los ocho mil *lazzaroni* se vieron con armas, empezaron á gritar: « ¡Viva el rey! ¡viva la religión! ¡mueran los franceses! »

En cuanto á los soldados, los echaron á tierra y les dieron permiso para que se retirasen á donde tuvieran por conveniente.

Pero en lugar de retirarse, se incorporaron á los grupos gritando con mayor fuerza que los *lazzaroni*: « ¡Viva el rey! ¡viva la religión! ¡mueran los franceses! »

Al oír aquellos gritos y al tener noticia de lo que pasaba, Massa, el gobernador del Castel-Nuevo, comprendiendo que no tardaría en ser atacado, mandó al capitán Simonei que fuese á preguntar al vicario lo que debería hacer en caso de ataque.

— ¡Defended el castillo! respondió el vicario; ¡pero guardaos bien de hacer daño al pueblo!

Simonei transmitió al gobernador esta respuesta que á entrambos les pareció sumamente ambigua.

En efecto, no era cosa muy fácil defender el castillo contra el pueblo, sin hacer daño al pueblo.

El gobernador volvió á enviar al capitán Simo-

nei en busca de una respuesta más explícita.

— Tirad con pólvora, le respondieron; eso bastará para dispersar la muchedumbre.

Simonei regresó á Caltel-Nuevo y contó su segunda entrevista con el vicario general; pero en el momento en que empezaba su relato, una inmensa muchedumbre se precipitó sobre el castillo, rompió la primera puerta y se apoderó del puente gritando: « ¡ La bandera real ! ¡ la bandera real ! »

Desde la fuga del rey, la bandera real había en efecto desaparecido de lo alto del castillo.

La bandera fué izada según el deseo del pueblo.

Entonces los revoltosos, y en particular los soldados que acababan de dejarse desarmar, pidieron fusiles y municiones.

El comandante respondió que las armas y las municiones se las daban contadas, que tenía que responder de ellas y que no podía entregar ni un solo fusil sin una orden del vicario general. Por último, les dijo que si traían la orden, estaba pronto á entregarles aunque fuese el castillo.

Pero mientras que Minichini, el inspector de la cantina, parlamentaba con el pueblo, el regimiento samnita, que estaba de guardia en las puertas, las abrió de par en par.

La muchedumbre se precipitó en el castillo y

echó fuera al gobernador y á los oficiales.

En el mismo día y á la misma hora, como si obrasen con arreglo á un plan convenido, — lo que es muy posible — los *lazzaroni* se apoderaron de otros dos castillos, el del Huevo y el del Carmine.

¿ Fué un movimiento espontáneo del pueblo? ¿ fué impulsión del vicario Piñatelli, quien veía en la dictadura popular el medio de realizar los proyectos de los patriotas y de poner en práctica las instrucciones incendiarias de la reina?

Nadie ha podido saberlo; pero, aunque las causas hayan quedado ocultas, los efectos fueron visibles.

Á las dos de la tarde del día siguiente, 15 de Enero, cinco carretelas llenas de oficiales franceses, en cuyo número figuraba el pagador Archambal, signatario del tratado Sparanisi, entraron en Nápoles por la puerta Capuana, yendo á parar al *albergo reale*.

Aquellos oficiales iban en busca de los cinco millones del primer plazo de la indemnización que Piñatelli debía pagar á Championnet; y como el carácter francés es el mismo en todas partes, muchos de ellos aprovecharon la ocasión para ir al teatro de San Carlos.

Inmediatamente se extendió el rumor de que iban á posesionarse de la ciudad, que hacían traición al rey y era menester vengarle.

¿Quién tenía interés en propagar tales rumores? Aquel que dentro de algunas horas debía entregar cinco millones de francos, que no poseía ni un carlino para hacer honor á su palabra y que, siéndole imposible pagar en dinero, necesitaba un pretexto, por más culpable y criminal que fuese.

Á eso de las siete de la noche, quince ó veinte mil soldados y *lazzaroni* provistos de armas se dirigieron al *albergo reale*, gritando: « ¡Viva el rey! ¡viva la religión! ¡mueran los franceses! »

Á la cabeza de aquellos hombres estaban los mismos que ya hemos visto en la asonada en que perecieron los hermanos della Torre y el motín en que fué hecho pedazos el desgraciado Ferrari, esto es, los Pasquale, los Rinaldi y los *beccaio*. En cuanto á Miguel, luego diremos dónde se hallaba.

Por fortuna, Archambal había ido á palacio á ver á Piñatelli, el cual trataba de pagarle en buenas palabras, ya que no podía pagarle en dinero.

Los demás oficiales estaban en el teatro.

Aquel pueblo fanatizado se precipitó sobre San Carlos. Los centinelas quisieron defender la entrada

y fueron muertos. De pronto, un verdadero torrente de *lazzaroni* invadió el patio profiriendo aullidos y amenazas.

Los gritos de « ¡mueran los franceses! » resonaban en la calle, en los corredores y en la sala.

¿Qué podían hacer quince oficiales sin otras armas que sus espadas contra millares de asesinos?

Los patriotas los escudaron con su cuerpo, mientras se ponían en salvo por un corredor ignorado del pueblo, corredor que servía de entrada al rey y que comunicaba con el palacio. Allí encontraron á Archambal en compañía del príncipe, se unieron á él, y sin haber cobrado un cuarto de los cinco millones, y después de haber expuesto su vida inútilmente, volvieron á tomar el camino de Capua protegidos por un fuerte piquete de caballería.

Al ver al populacho invadir el patio, los actores habían echado el telón é interrumpido la representación.

En cuanto á los espectadores, sólo trataron de ponerse en salvo, sin importárseles un ardite lo que pudiera suceder á los franceses.

Aquellos que conozcan la ligereza de manos que caracteriza á los hijos de la moderna Partenope, podrán formar una idea de las innumerables rapiñas

que se consumaron durante aquella invasión. Varias personas huyeron; pero unas fueron estrujadas en las puertas, otras pisoteadas en las escaleras.

Las rapiñas continuaron en la calle. Menester era que los que no habían podido entrar en el coliseo, tuviesen también su parte en el botín.

So pretexto de buscar á los franceses, todos los carruajes fueron abiertos y despojados de pies á cabeza cuantos en ellos se hallaban.

Los miembros de la municipalidad, los patriotas, los hombres más distinguidos de Nápoles trataron en vano de hacer entrar en razón á aquella desenfrenada muchedumbre que recorría las calles robando y asesinando: viendo que sus esfuerzos eran inútiles, se dirigieron de común acuerdo á casa del arzobispo, monseñor Capece Zurlo, hombre que todo el mundo apreciaba por la dulzura de su carácter y por la regularidad de sus costumbres, y le suplicaron que recurriese al auxilio y, si preciso fuera, á las pompas de la religión, para restablecer el orden en aquel abominable populacho que rugía por las calles produciendo el efecto de un torrente asolador de encendida lava.

El arzobispo montó en una carroza descubierta, y, precedido de algunos criados provistos de antorchas, surcó por decirlo así aquella apiñada y

furiosa muchedumbre sin conseguir que prestasen atención á sus palabras; su voz se perdía entre los gritos de: « ¡ Viva el rey ! ¡ viva la religión ! ¡ viva San Gennaro ! ¡ mueran los franceses ! »

Dueño el pueblo de los tres castillos, lo era también de la ciudad entera y empezó á inaugurar su dictadura organizando el pillaje y el asesinato ante los ojos del mismo arzobispo. La yegua que el pueblo de Nápoles tiene por armas, yegua que desde la época de Masaniello, esto es, desde hacía ciento cincuenta años, no había recorrido las calles en entera libertad, se despachaba á su sabor, desquitándose del tiempo perdido. Hasta entonces, los asesinatos habían sido accidentales; desde aquel momento, quedaron regularizados y convertidos en sistema.

Todo el que vestía con alguna elegancia, todo el que llevaba el cabello á la moderna, era designado con el nombre de jacobino, nombre que equivalía á una sentencia de muerte. Las mujeres de los *lazzaroni*, mucho más feroces en los días de revolución que sus maridos, los acompañaban armadas de tijeras, de cuchillos y de navajas, y en medio de riñas y salvajes aplausos cometían las más horribles y obscenas mutilaciones sobre los infelices condenados por el furor popular. En aquellos momentos

de suprema crisis, momentos en que la vida de cuantas personas honradas había en Nápoles dependía de un capricho, de una palabra, algunos patriotas se acordaron de que una parte de sus amigos, encarcelados por Vanni, continuaban aún en los calabozos de la Vicaría y del Carmine. Disfrazáronse de *lazzaroni*, y salieron gritando que era preciso libertar á los prisioneros para aumentar el número de los valientes. La proposición fué acogida con demostraciones de general aplauso. La muchedumbre corrió á las cárceles y puso en libertad á los presos; pero con los patriotas salieron cinco ó seis mil presidiarios, veteranos en la escuela del crimen, los cuales invadieron la ciudad como una banda de aves de rapiña y aumentaron el tumulto y la confusión.

En Nápoles y en las provincias del mediodía de Italia, los presidiarios desempeñan en todas las revoluciones un papel sumamente activo. Como el primer cuidado de todos los gobiernos que se han sucedido en la Italia meridional, desde los virreyes españoles hasta Francisco II, esto es, desde 1503 hasta 1860, ha sido siempre pervertir el sentimiento moral, resulta de aquí que los galeotes no inspiran la misma repulsión que entre nosotros. En vez de estar encerrados en sus presidios sin comunicación

con la sociedad que los rechaza de su seno, se hallan confundidos y en continuo trato con el pueblo, trato que ni mejora á los unos ni corrompe al otro. Su número es inmenso, casi el doble de los que hay en Francia, y en ciertas y determinadas ocasiones son para los reyes — los cuales no desdeñan su apoyo — terribles y poderosos auxiliares.

Durante los dos años y medio que yo pasé en Nápoles, tuve por vecinos á un centenar de presidiarios que habitaban una sucursal del presidio sita en la misma calle que mi palacio. Aquellos hombres no se ocupaban en ningún trabajo y pasaban el día en la más absoluta inacción. En los meses del estío, los veía horas enteras tomando el fresco, por mañana y tarde, montados ó echados de brúces en la tapia, entreteniéndose en mirar ese magnífico horizonte que limita el mar de Sicilia, sobre el cual se destaca la sombría silueta de Capri.

— ¿ Quiénes son esos hombres ? pregunté un día á los agentes de la autoridad.

— *Gentiluomini*, me respondieron.

— ¿ Y qué han hecho ?

— ¡ *Nulla! hanno amazzato* (¡ nada ! han matado).

En efecto, el asesinato es en Nápoles una *bicoca*, y el ignorante *lazzaroni*, que nunca se ha detenido

á sondear los misterios de la vida y de la muerte, da la muerte y quita la vida sin tener la menor idea filosófica ni moral del acto que ejecuta.

¡ Que el lector imagine el sangriento papel que deben desempeñar en situaciones semejantes á la que nos ocupa, esos hombres cuyos prototipos son los Mammone, que beben la sangre de sus prisioneros, y los La Gala, que se los comen después de asarlos !

CAPÍTULO V

El príncipe de Maliterno

Era menester poner remedio á la situación lo más pronto posible ; de otro modo, Nápoles zozobraba, y las órdenes de Carolina iban á cumplirse al pie de la letra, desapareciendo la nobleza y la clase media en un asesinato general y no quedando sino el pueblo, ó mejor dicho, el populacho.

Los diputados del municipio se reunieron en la antigua basílica de San Lorenzo, bajo cuyas bóvedas se habían discutido tantas veces los derechos del pueblo y los del poder real.

El partido republicano, confiando en las promesas del príncipe de Maliterno, con quien ya le hemos visto en relaciones, y creyendo contar con él, le propuso como general de las fuerzas populares.

Los *lazzaroni*, que acababan de verle combatir contra los franceses, y que no tenían ningún motivo

de desconfianza, acogieron su nombre con unánimes aclamaciones.

Preparóse su entrada de manera que se efectuase en medio del entusiasmo general. En el momento en que el pueblo gritaba desaforadamente : « ¡ Sí ! ¡ sí ! ¡ Maliterno ! ¡ viva Maliterno ! ¡ mueran los franceses ! ¡ mueran los jacobinos ! » el príncipe apareció á caballo y armado de punta en blanco.

El pueblo napolitano es un pueblo de niños, fácil de seducir y engañar con el más grosero ardid. La llegada del príncipe en medio de los vítores que saludaban su nombramiento, le pareció providencial. Al verle, redoblaron los clamores, la muchedumbre rodeó su caballo, de igual modo que la víspera, y aun aquella mañana había rodeado la carroza del arzobispo, y empezó á aullar con esa voz que sólo se oye en las calles de Nápoles :

— ¡ Viva Maliterno ! ¡ viva nuestro defensor ! ¡ viva nuestro padre !

Maliterno se apeó del caballo, le dejó entre las manos de los *lazzaroni* y entró en la iglesia de San Lorenzo.

Una vez aclamado por el pueblo, la municipalidad le nombró dictador, concediéndole poderes ilimitados, y le dejó dueño de elegir su lugarteniente.

Acto contiuuo y antes que Maliterno saliera de la iglesia, se nombró también una diputación para que anunciase al vicario general que el pueblo y el cabildo acababan de elegir por jefe al señor San-Girolame, príncipe de Maliterno, y que no obedecerían á ningún otro más que á él.

La diputación tenía también encargo de invitar al vicario á que reconociese el nuevo poder constituido, ó mejor dicho, proclamado por el pueblo.

Cinco eran las personas que se habían ofrecido á formar la diputación y que fueron aceptadas: Cirillo, Manthonnet, Schipani, Velasco y Pagano.

Desde hacía dos días, la revolución marchaba á pasos de gigante. El pueblo, engañado por ella, le prestaba momentáneamente su apoyo.

Los diputados se presentaron esta vez, no á suplicar, sino á dictar órdenes.

Cirillo fué quien se encargó de tomar la palabra, y en su breve arenga, suprimió el título de *príncipe* y hasta el tratamiento de *excelencia*.

— Señor, dijo al vicario general; venimos en nombre del municipio á invitaros á que renunciéis los poderes que habéis recibido del monarca, y á suplicaros que inmediatamente entreguéis á la municipalidad los caudales públicos que obren en vuestro poder, y que por medio de un edicto — que

será el último que firmaréis — prescribáis entera obediencia al cabildo y al príncipe de Maliterno á quien el pueblo acaba de nombrar general.

El vicario, en vez de responder de una manera explícita, pidió un plazo de veinticuatro horas á fin de consultarlo aquella noche con la almohada.

Y el consejo que le dió esta señora fué embarcarse para Sicilia al amanecer del día siguiente con el resto del tesoro real.

Volvamos á Maliterno.

Lo que más importaba era desarmar al pueblo á fin de poner coto á los asesinatos.

El nuevo dictador, después de haber empeñado su palabra y de jurar que marcharía de acuerdo con los patriotas, salió de la iglesia, volvió á montar á caballo, empuñó el sable, y al grito de « ¡ Viva Maliterno ! » respondió con el grito de « ¡ Viva el pueblo ! » En seguida nombró por su lugarteniente á D. Lucio Caracciolo, duque de Rocca-Romana, quien era casi tan popular como él, á causa de su brillante combate de Caiazzo. El nombre del apuesto caballero que en quince años había cambiado tres veces de opinión, cambios que habrían de perdonarsele merced á una tercera apostasía, fué saludado con entusiastas aclamaciones.

Hecho esto, Maliterno pronunció una arenga invi-

tando al pueblo á que depusiese las armas en un convento vecino destinado á servir de cuartel general, y mandó, bajo pena de muerte, obedecer todas las medidas que creyese necesarias para restablecer la tranquilidad pública.

Y á fin de dar á sus palabras más energía, hizo levantar una potenza en cada calle y formó numerosas patrullas de los más valientes y honrados ciudadanos, patrullas que empezaron á recorrer la población en todos sentidos, con orden expresa de ahorcar, sin otra formación de causa, á los ladrones y asesinos que cogieran en flagrante delito.

Luego, se convino en que se cambiaría la bandera blanca, reemplazándola con la *bandera del pueblo*, cuyos colores eran el azul, el encarnado y el amarillo.

Á los que pedían explicaciones respecto á este cambio ó trataban de discutirle, Maliterno respondía que le efectuaba por no presentar á los franceses una bandera que había huído ante ellos. El pueblo, orgulloso de tener su pabellón, le aceptó sin murmurar.

Cuando en la mañana del 17 de Enero se supo en Nápoles la fuga del vicario general, la cólera del populacho, no pudiendo alcanzar á Piñatelli, que en aquel momento iba camino de Sicilia, se

dirigió contra el barón Mack, á quien acusaban de traición y de haber hecho causa común con los jacobinos y los franceses.

Una banda de *lazzaroni* fué á buscarle á Caserta.

En efecto, Mack se encontraba allí con el mayor Riescach, el único oficial que permaneció fiel en aquel gran desastre, cuando le anunciaron el gravísimo peligro que le amenazaba, peligro que nada tenía de ilusorio, puesto que el duque de Salandra, á quien los *lazzaroni* tomaron por el general austriaco, estuvo á pique de ser asesinado en el camino de Caserta. Sólo un recurso quedaba al infeliz general: ir á buscar asilo en la tienda de Championnet. Pero le había tratado tan groseramente en la carta, que, según recordarán nuestros lectores, le había mandado al entrar en campaña por el mayor Riescach, y había publicado contra los franceses, antes de abandonar á Roma, una orden del día tan cruel, que no se atrevía á confiarse á la generosidad del general republicano. Riescach le tranquilizó sobre este punto y le propuso precederle á fin de preparar el terreno. Mack aceptó la propuesta, y mientras el mayor cumplía su cometido cerca del general francés, se retiró á una casita de Cirnao, en la cual se creía seguro, gracias al aislamiento del sitio.

Championnet estaba acampado frente á la pequeña ciudad de Aversa, y siempre aficionado á los monumentos históricos, acababa de visitar con su fiel Thiebaut las ruinas de un antiguo convento en las cuales reconoció el castillo en que Juana I de Nápoles había asesinado á su marido, y aun halló los restos del balcón en que fué ahorcado el infeliz Andrés con el elegante cordón de seda y oro hecho por la misma reina. Championnet explicaba á Thiebaut, menos versado que él en historia antigua, la manera cómo la reina Juana había obtenido la absolución de aquel crimen, vendiendo la ciudad de Aviñón al papa Clemente VI por la suma de sesenta mil escudos, cuando un jinete se detuvo á la puerta de la tienda. Thiebaut lanzó un grito de sorpresa y de alegría al reconocer á su antiguo colega el mayor Riescach.

Championnet recibió al joven oficial con la misma cortesía que le había recibido en Roma, manifestándole su pesar de que no hubiese llegado una hora antes para acompañarlos en el paseo arqueológico que acababan de hacer; luego, sin preguntarle el motivo de su visita, le ofreció sus servicios como á un amigo, prescindiendo completamente del uniforme napolitano que vestía.

— Ante todas cosas, le dijo, permitidme, querido

mayor, que os dé las más expresivas gracias. Á mi regreso á Roma, encontré el palacio Corsini en el mismo estado que os lo confié. Ni un libro, ni un mapa, ni una pluma, nada faltaba. Tanto, que estoy por decir que nadie tocó á aquéllos objetos en las dos semanas que estuve ausente.

— Pues bien, mi general, si tan reconocido estáis por el pequeño servicio que pretendéis haber recibido de mí, se os presenta la ocasión de pagármele con usura, dispensándome un favor mucho más grande.

— ¿Y consiste?... preguntó Championnet sonriendo.

— En olvidar dos cosas.

— Os prevengo, amigo mío, que olvidar es menos fácil que recordar. Veamos cuáles son esas dos cosas que es preciso dar al olvido.

— Primera, la carta que os llevé á Roma de parte del general Mack.

— Puedo aseguraros, y vos habréis podido conocerlo, que á los cinco minutos de haberla leído ya no me acordaba de ella. ¿Y la segunda?

— La proclama relativa á los hospitales.

— Lo que es esa, respondió Championnet, no la olvido; pero la perdono.

— No puedo exigir más de vuestra generosidad.

Ahora, sólo me resta poner en vuestro conocimiento que el desgraciado general Mack...

— Sí, ya sé que le persiguen y que tratan de asesinarle: ya sé que, á semejanza de Tiberio, se ve obligado á dormir cada noche en una habitación diferente. Mas ¿por qué no viene á buscarme? Yo no podré ofrecerle, como el rey de los Persas á Temístocles, cinco ciudades de mi reino para consolarle en su desgracia; pero en mi tienda caben cómodamente dos personas y en ella recibiría la hospitalidad del soldado.

Aun no había concluido Championnet de pronunciar estas palabras, cuando un hombre lleno de polvo, después de apearse de un caballo cuyos ijares estaban cubiertos de espuma, se presentó tímidamente á la puerta de la tienda.

Aquel hombre era Mack, quien, noticioso de que sus perseguidores se dirigían á Carnava, se había puesto en salvo sin esperar el regreso del enviado ni la respuesta de Championnet.

— ¡ Entrad, entrad, mi general! gritó Riescach al reconocerle; nuestro enemigo es el más generoso de los hombres.

Championnet se levantó, y con la mano extendida, salió al encuentro del fugitivo.

Mack, creyendo sin duda que aquella mano se

alargaba para pedirle su espada, inclinó la frente enrojecida por la vergüenza, la desenvainó y, cogiéndola por la hoja, se la presentó al general diciéndole :

— General, soy vuestro prisionero ; he aquí mi espada.

— Guardadla, caballero, respondió Championnet con sonrisa ligeramente irónica ; el Directorio me ha prohibido recibir regalos de fábrica inglesa.

Para concluir con el general Mack, á quien no volveremos á encontrar en nuestro camino, cosa que dicho sea de paso no nos causa gran pesadumbre, diremos que Championnet le trató como si fuese un huésped más bien que un prisionero. Al día siguiente de su llegada á la tienda, le dió un pasaporte para Milán, poniéndolo á disposición del Directorio.

Pero el Directorio no le trató con tanta cortesía como Championnet. Mandó prenderle, encerróle en una pequeña ciudad de Francia, y después de la batalla de Marengo, le cangeó por el padre del que escribe estas líneas, el cual se hallaba prisionero en Brindis por sorpresa del rey Fernando.

Á pesar de sus reveses en Bélgica, á pesar de la incapacidad de que tantas pruebas dió en aquella

campana de Roma, el general Mack obtuvo en 1804 el mando del ejército de Baviera.

Al acercársele Napoleón en 1805, se encerró en Ulm, donde después de un bloqueo de dos meses, firmó la más vergonzosa de cuantas capitulaciones registran los anales de la guerra. ; Se vendió con un ejército de 35,000 hombres!

Entonces le formaron causa y fué condenado á muerte ; pero se le conmutó la pena por la prisión perpetua en Spitzberg.

Al cabo de dos años, Mack consiguió que le indultaran, y fué puesto en libertad.

Por último, á partir de 1808, desapareció de la escena pública y no se volvió á oír hablar de él.

Dicen algunos, y no sin motivo, que para alcanzar la reputación de primer general de su siglo no le faltó más que una cosa : no haber tenido nunca ejércitos bajo su mando.